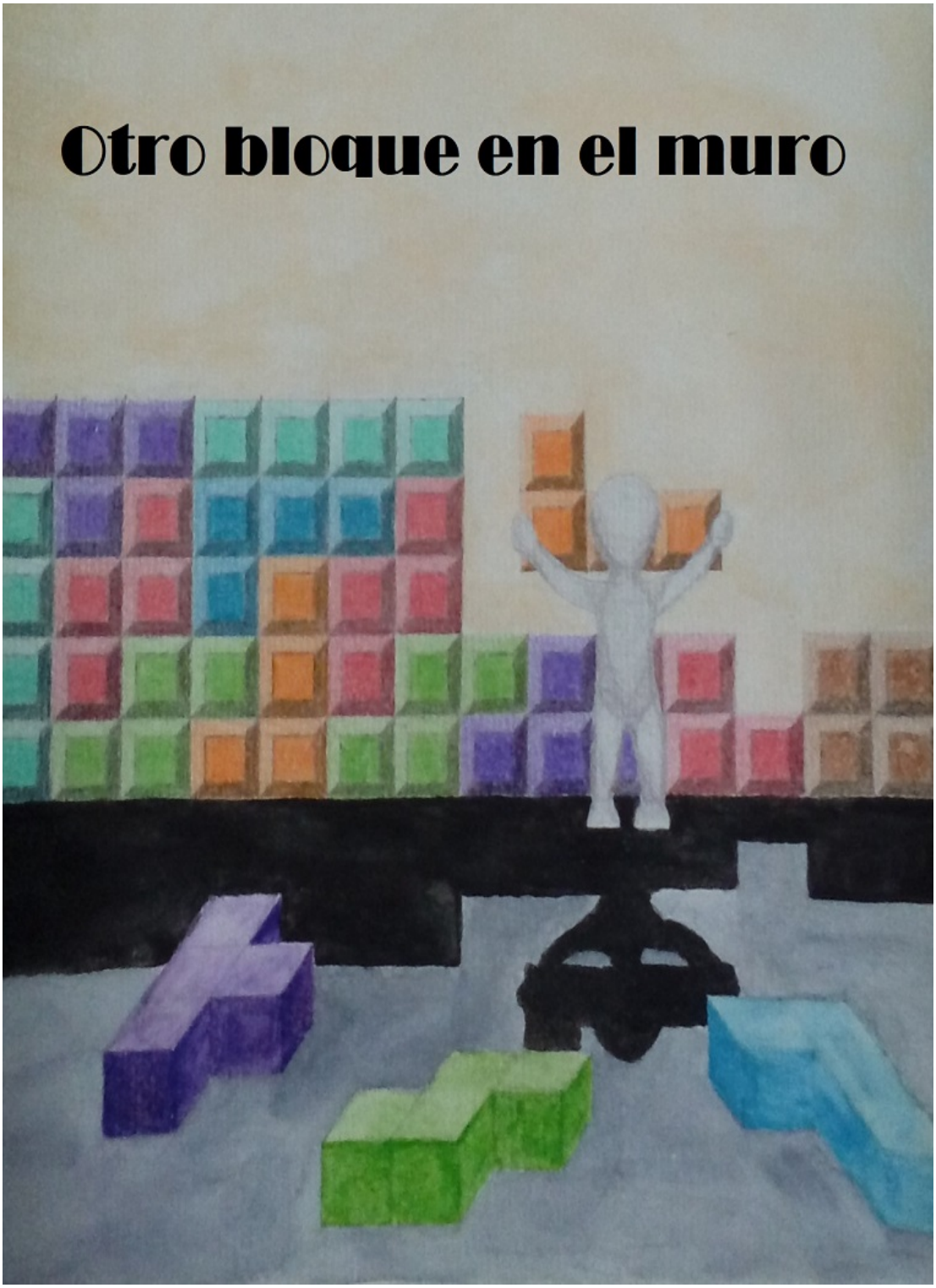
Otro bloque en el muro

Luisina Giorgetti



Capítulo 1

Metió la sustancia en el molde y lo preparó para la cocción. Solía tener el horno a quinientos grados, descontando los días de arduo calor en los que se permitía bajarlo a cuatrocientos cincuenta. Mas la producción se mantenía constante.

Abrió la puerta de metal y, tomando el recipiente con sus guantes de goma gastados por los años de uso, lo introdujo para que las llamas lo forjaran con rudeza. Solo era uno pero en ocasiones llegaba a cocer dos o tres más; la capacidad del horno era infinita. Miró el reloj con la intención de memorizar la hora y llevar el tiempo, más por hábito que por necesidad. Sabía perfectamente que cualquier material que usara era inmune a las quemaduras.

Cargó los bloques que ya estaban listos en la carretilla y los trasladó más cerca para continuar con el resto de su labor mientras esperaba a que los nuevos estuvieran listos. Se detuvo a la altura de donde lo había dejado, esparció cemento con su pala y agarró el primer bloque. Cada uno tenía una textura y color distintos pero poseía la delicadeza y rapidez que solo las manos entrenadas por los años podían conseguir. Era un procedimiento más automático que consciente.

Hacer bloques es un arte. Todas las personas están capacitadas para hacerlos, solo que algunos deciden dedicarse a otro rubro. Se parte de una receta básica: miedo, arrogancia, desconsideración y una pizca de orgullo. A partir de ahí, cada uno le agrega los distintos ingredientes según la categoría a la que pertenezca. Al final, todos pasaban a formar parte de un muro.

Tomó un bloque amarillo que le dejaba un residuo de arenilla en las manos y lo colocó sobre el que encajaba mejor. Recordó cuando lo había hecho, hacía muchos años. El horno estaba limpio de hollín, el compartimento de las cenizas vacío y era una de las primeras veces que la leña crepitaba en su interior. La receta la había heredado de su padre, quien a su vez la había heredado del suyo, y así, recorriendo incontables generaciones hasta llegar a él. Se acordaba del pitido que hacía el televisor al cambiar los canales, la mosca que chocaba contra la lámpara del techo y los bufidos que soltaba su padre luego de arrugar la nariz en un gesto de asco. “Mira eso. Pago mis impuestos para que el gobierno les de derechos a ese montón de maricas. Banderitas de colores y flores, luego van a hablar de sus períodos y tampones. Me pone enfermo”, le decía mientras pasaba los canales de noticiario donde transmitían una marcha multitudinaria. Agregó el ingrediente secreto en ese momento: repugnancia. Tanto hacia lo que él consideraba una barbarie antinatural

como también hacia los predicadores.

Tomó el siguiente bloque; metal de paredes gruesas color violeta. El clanck hueco que produjo al apoyarlo contra el resto lo transportó a la tarde de otoño en la que las campanas de la iglesia habían comenzado a sonar luego de que hubiera pronunciado el Sí. Vivió junto a su esposa por largos años, cada uno ocupándose de su labor: él llevaba el dinero; ella, la casa. Limpiaba cada martes, jueves y domingo; lavaba la ropa dos veces a la semana; cocinaba todos los días; y se ocupaba de los niños. Por supuesto no iba a agradecérselo, era su deber de mujer y esposa. Sin embargo, él había sido un alma solidaria por lo que siempre le recalcaba cuando sus camisas quedaban con arrugas, o ya no había mermelada en la heladera, o la carne salía quemada del horno, a fin de que no cometiera esos fallos. Era el único trabajo que ella tenía, mejor hacerlo bien. Le vino a la mente el toque secreto que había utilizado: un poco de menosprecio con algunos pétalos de rosa.

Tomó el último bloque de la carretilla; rojo de vidrio resistente, con un toque especial para darle textura rugosa. Ese bloque lo tenía guardado en la memoria como si se lo hubieran grabado con un hierro ardiente, hacía tan solo un par de años. Él siempre había tenido una creencia, una única adoración por encima de todo, la verdadera fe. Cada domingo por la mañana desayunaba pan tostado con una taza de café negro, encendía el motor de su Renault 4, conducía cuatro kilómetros y medio hacia su templo, la misma iglesia donde se había casado, y se arrodillaba una hora para hablar con su dios. Así había sido siempre y así debía ser. Rememoró la noche tormentosa en la que estaba en la cocina de su casa con su amigo bebiendo una copa de brandy. El lazo de amistad que los unía había sobrevivido treinta años; a veces fuerte, otras un tanto más suelto pero siempre firme. Era de esos amigos que la vida le da a unos pocos, o que solo los sabios saben conservar. Por eso le dolió tanto que hubiera desviado la ruta de la iglesia hacia la mezquita o, como él lo llamaba, el templo de los salvajes. Aún conservaba un poco del ingrediente que había usado para ese bloque: intransigencia.

Dejó la pala dentro del cubo y se sentó a la sombra del muro; todavía faltaba para que el próximo bloque estuviera listo. Apoyó la cabeza mientras cerraba los ojos, escuchando el murmullo de la música y las risas que llegaban del otro lado. Cada día se montaba una fiesta con guirnaldas de colores, baile, comida, fuegos artificiales, alegres melodías, disfraces de cualquier cosa que pudiera imaginar. Todos estaban ahí: su hijo acompañado de su marido, cargando un bebé envuelto en una manta; su hija sosteniendo el título universitario de ingeniería espacial; su amigo de la infancia armando campañas contra el terrorismo, o a favor de la tolerancia.

Se levantó luego de que la alarma mental sonara y se dirigió hacia el calor del horno que ya estaba quedando sepultado por la sombra del

muro. Dejó el bloque a un lado para que se enfriara y comenzó a preparar otro. Debía seguir con su trabajo.